

“Que nunca hay amistad, alianza nunca”

Nicolás Cruz
Pontificia Universidad Católica de Chile



La muerte de Dido, Francesco Barbieri, pintado entre 1630-1631, recientemente restaurada, Galería Spada en Roma.

Virgilio presenta en la *Eneida* la idea de que los cartagineses albergaron, desde muy antiguo, odio contra los romanos. Este rencor se derivaba de la decisión adoptada por Eneas, quien siguiendo las indicaciones de Júpiter, y por lo tanto del destino, abandonó la ciudad de Cartago, dejando a la reina Dido en una frágil situación política y externa. Un aspecto de particular importancia era el amor de la reina por su huésped troyano y su convicción de que ambos habían establecido una relación sólida destinada a durar. Poco antes de suicidarse como resultado de este abandono, la reina Dido profirió una maldición en la que invocó a sus descendientes para que la vengaran y mantuvieran siempre vivo el odio contra Eneas y toda su estirpe.

El odio antiguo de los cartagineses tiene su correspondencia en la esfera celeste con aquel que la diosa Juno alberga contra Eneas y sus descendientes, quien intentará destruirlos y ante quienes mantendrá su rencor y oposición hasta la segunda Guerra Púnica.

Este artículo intenta destacar la forma en que Virgilio trasladó el motivo histórico del “odio a los romanos”, generado en ambientes cartagineses entre la primera y segunda guerra púnica, al tiempo mítico inicial de la fundación de Cartago, relacionándolo con la llamada “maldición de Dido” y el conocido rencor que la diosa Juno mantenía en contra de los troyano-romanos. De esta forma, el odio cartaginés

personificado en Amilcar y Anibal, los grandes comandantes púnicos, sería la manifestación final de un rencor ancestral, y los habría motivado a iniciar una guerra que Roma no habría deseado y ante la que no le cupo otra alternativa que defenderse. Virgilio, por esta vía, adhirió a la idea ampliamente difundida en Roma sobre la responsabilidad cartaginesa en el inicio de la segunda de las guerras púnicas.

La mención a Cartago en el poema de Virgilio contendrá siempre una referencia a las Guerras Púnicas, aunque éstas no aparezcan mencionadas de manera específica a lo largo de la obra, cuestión que no resultaba necesaria para que quedase establecida la relación en la mente del lector o del auditor de la época.¹ Así, a partir del motivo del odio, Virgilio unió los tiempos míticos de la fundación de Cartago en el siglo XII a.C. -un momento inmediatamente posterior a la guerra de Troya- con otros muy posteriores y siempre presentes en el imaginario romano que consideraba las guerras romano-cartaginesas como las más importantes libradas a lo largo de su historia.

Llama la atención el hecho de que esta presentación, algo tardía, haya tenido una enorme recepción en una Roma que conocía, desde hace tiempo y con detalles, los motivos de las Guerras Púnicas, así como el desenlace de cada una de sus batallas. Lo sabían por que ya Polibio en el siglo II a.C., como luego harían tantos otros historiadores y escritores, habían escrito sobre el punto, llegando a conclusiones que tuvieron una amplia circulación en Roma. El problema se podría responder de una manera simple, indicando que lo de Virgilio era poesía y que por lo tanto estaba dispensada de “verdad histórica”, y que nunca los romanos habrían solicitado ese tipo de fidelidad al texto. Pero eso no es así, dado que cualquier obra literaria, sea cual sea la forma que adopte el autor al momento de escribirla, requiere de una coherencia y consistencia que la haga plausible para quienes accedan a ella. Y es un hecho de que los contemporáneos aceptaron la versión que se entregaba en el poema, así como lo hicieron las incontables generaciones posteriores que se educaron en su lectura.

Existen, además, suficientes noticias para afirmar que el libro IV de la *Eneida*, en el que figura el tema del odio de Dido, figuró entre los más difundidos de la obra. En efecto, la historia del amor trágico de la reina por Eneas estuvo entre las más recitadas y aplaudidas por el público antiguo. Su lectura en todas las escuelas vino a reforzar esta situación a lo largo del tiempo, teniendo en cuenta que en las ellas se leían y comentaban con detalle los cantos del poema, estimándose que esta actividad se concentraba en los primeros libros.² Más aún, se considera que también el libro IV fue un texto de lectura obligado para quienes deseaban, o necesitaban, aprender el latín en la parte oriental del Imperio romano. La primacía de esta parte de la *Eneida* ha mantenido el favor de los lectores hasta nuestros días.

Virgilio, como ya hemos señalado, puso en boca de Dido, desesperada e indignada, de los últimos versos del libro IV el ya referido motivo del odio a los romanos:

Y vosotros, oh tirios, a su raza
y a toda su futura descendencia
perseguiréis con implacables odios:
ésta ha de ser la ofrenda expiatoria
que deberéis a mis dolientes Manes;
que nunca haya amistad, alianza nunca
entre estas dos naciones. ¡De mis huesos
has de surgir en los futuros días,

¹ Una serie de referencias interesantes a este respecto se encuentran en el artículo de E.L. Harrison “The Aeneid and Carthage”, en Woodman, T. y West, D. *Poetry and Politics in the Age of Augustus*, Cambridge University Press, 1984, pp. 95-115.

² Véase a este respecto Bonner, S. *La Educación en la Roma Antigua*, Herder, Barcelona, 1984 (1977), pp. 282 y ss.; Marrou, H. I. *Historia de la Educación en la Antigüedad*, Eudeba, Buenos Aires, 1965 (1955), especialmente pp. 307 y ss., y 314 y ss. Algunas referencias interesantes en Freeman, R. *A Cultural History of Western Education*, McGraw-Hill Book Company, U.S.A., 1955 (1947), especialmente p. 103 y ss. Una problematización sobre la importancia “pedagógica” de la *Eneida*, en Harris, W. *Ancient Literacy*, Harvard University Press, U.S.A., 1989, capítulo “The Late Republic and the High Empire”, pp. 175-284.

oh vengador, que con terrible furia
 darás guerra a los hijos de Dardania
 con el fuego y el hierro, siempre y siempre,
 mientras conserves fuerzas en el puño.
 Han de luchar impíos y feroces
 ambos pueblos, riberas contra riberas,
 mares con mares, armas contra armas;
 lucharán ellos mismos, y por siglos
 lucharán sus remotos descendientes.³

El punto central consiste en que, según múltiples registros, hubo efectivamente una cuestión conocida como “el odio a los romanos”, sólo que este aparece referido a las figuras de Amílcar y de su hijo Anibal, ambos relacionados en la Primera y Segunda Guerra Púnica, respectivamente.⁴

Polibio narra en el libro III de sus *Historias* que Anibal, derrotado tras la segunda de las mencionadas guerras, buscó asilo en la corte de Antíoco III “El Grande” y que allí le narró al rey lo siguiente:

...cuando su padre [Amílcar] iba a pasar a España con sus tropas, Anibal contaba con nueve años y estaba junto a un altar en el que Amílcar ofrecía un sacrificio a Zeus. Una vez que obtuvo augurios favorables, libó en honor de los dioses y cumplió los ritos prescritos, ordenó a los demás que asistían al sacrificio que se apartaran un poco y le preguntó amablemente si quería acompañarle en la expedición. Anibal asistió entusiasmado y aún se lo pidió como lo hacen los niños. Amílcar entonces lo cogió por la mano derecha, lo llevó hasta el altar y le hizo jurar, tocando las ofrendas, que jamás sería amigo de los romanos.⁵

Luego de Polibio, casi todos los historiadores y escritores que se refirieron a la guerra mencionan el juramento de Anibal. Cornelio Nepote en su latinizada biografía de Anibal, presenta la escena al igual que Polibio en la corte de Antíoco III, ocasión en la cual éste habría agregado lo siguiente respecto del juramento: “Este juramento que le hice a mi padre lo he cumplido hasta el momento, por lo que nadie puede poner en duda de que no lo seguiré cumpliendo en el futuro.”⁶ Tito Livio lo incluye como una noticia y no como un relato tardío que Anibal hiciera a otro, agregando el detalle de que su padre le habría hecho jurar de que se convertiría en un enemigo de los romanos “tan pronto como pudiera”⁷, aspecto en el cual insiste Apiano en su escrito dedicado a Iberia.

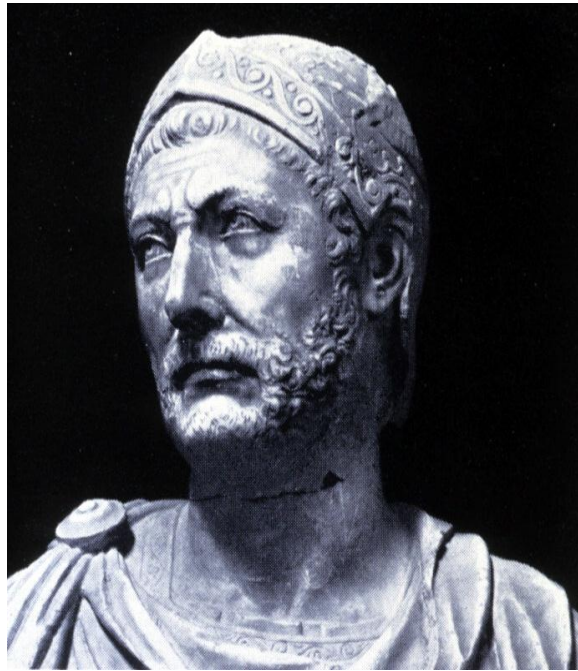
³ *Eneida* IV. 620 y ss. La traducción corresponde a Egidio Poblete. Un análisis y comentario detallado de estas palabras se encuentra en *P Vergili Maronis Aeneidos Liber Quartus*, Edited with a Commentary by R.G. Austin, Oxford at the Clarendon Press, 1977.

⁴ Cfr. H. Jacobson “Aeneid IV. 622-623” en *The Classical Quarterly*, vol. XLVIII, nº1, 1998.

⁵ Polibio III, 11. 5-7 La traducción es de Manuel Balasch Recort.

⁶ Seneca en *NQ.* III, 6, refiriéndose al odio que Anibal mantuvo durante toda su vida, dijo que “podía soportar vivir sin una patria, pero no sin un enemigo”

⁷ Tito Livio XXI, 1.4.



Anibal

Floro, en su *Epítome* a la historia romana de Tito Livio, indica que Anibal compartía este sentimiento con los otros jóvenes aristócratas cartagineses, quienes estaban siendo educados en este sentimiento luego de la Primera Guerra Púnica.⁸ Valerio Máximo y Silio Itálico, también incluyen la escena del juramento dentro de sus escritos. Veleyo Patérculo equipara a Mitridates, el rey del Ponto, con Anibal en su odio a los romanos.⁹

De lo dicho hasta aquí se puede apreciar que el motivo del odio a los romanos fue recurrente y muy difundido en la historiografía romana anterior, contemporánea y posterior a Virgilio. El discurso romano, o filoromano en los casos de Polibio y Apiano, pese a la gran diferencia temporal entre ambos, también venían a señalar que las guerras, y de manera más precisa la segunda de ellas, habían sido iniciadas por los cartagineses y que, en consecuencia, los romanos habían respondido a una agresión motivada por el rencor. El punto era compartido por los historiadores latinos que trataron el tema de manera extensa –Tito Livio-, así como por los que hicieron solo algunas breves referencias, como es el caso de Floro en I. 22, 13.

Virgilio aporta en este sentido al tema y lo hace desde la poesía, género en el cual también se registran contribuciones anteriores, sólo que en la *Eneida* el argumento del odio aparece inscrito desde el principio de los tiempos, en la época mítica y en los orígenes de la fundación de ambas ciudades. Según esta visión poética, a Roma le competía conquistar el mundo y gobernarlo de acuerdo a las leyes, mientras que Cartago arrastraba la fatalidad de odiar a los romanos y oponerse al orden imperial que ellos implantarían tal cual lo había establecido el destino. Horacio abordó el tema en múltiples ocasiones, concentrándose de manera especial en la figura de Anibal. Cartago, en sus versos, es la ciudad de la altivez, y el comandante que encabezó la invasión a Italia aparece descrito como cruel y falto de toda piedad (*durus*), funesto (*dirus*) y traicionero en sus palabras y acciones (*perfidus*). Estas eran las características de ese “Anibal odiado por nuestros abuelos.”¹⁰ No encontramos en este poeta de las ambigüedades y la mirada problematizada con que Virgilio abordó este argumento.

⁸ Floro I, 22.2 Véase a Clemente, G. “La Guerra Annibalica”, en *Storia di Roma 2, L’Impero Mediterraneo, La Repubblica Imperiale*, Giulio Einaudi Editore, Torino, 1990, pp. 79-90.

⁹ Veleyo Patérculo II. 18,1.

¹⁰ *Odas* II.12, 2; III.6, 36 y IV, 4, 9, respectivamente. En *Épodos* 16. 8 se hace la mención al odio de los antepasados.

Cicerón y Séneca, dos de los pensadores romanos de mayor nivel y muy cercanos a Virgilio en el tiempo, introdujeron constantemente el tema en escritos que tenían como objetivo el estudio de otras materias. El primero de ellos destaca que el odio de Anibal a Roma se le hacía presente incluso durante sus sueños, que era cruel y hombre poco dado al cumplimiento de los tratados.¹¹ Para Séneca la característica que distinguió a Anibal fue su crueldad, sumada a su incapacidad de comprender que aquella que se ejerce en el suelo extranjero termina, tarde o temprano, por llegar a la puerta de la propia casa:

Dicen que Anibal, viendo una fosa llena de sangre humana, había exclamado: ¡Que espectáculo maravilloso! Por cierto que le haría parecido más elegante llenar un río o un lago. Impresiona que te dejes fascinar en esa forma por este espectáculo, tu que naciste en medio de la sangre y alimentado desde niño en medio de las guerras. Por veinte años te acompañará la fortuna favoreciendo tu crueldad y por todas partes ofrecerá gratos espectáculos a tus ojos: los verás en el Trasímeno y en Canas, y más adelante, en torno a Cartago.¹²

Parece posible confirmar, entonces, que el tema de Cartago seguía vigente en los tiempos de Virgilio, pero que se había acentuado la percepción de la altivez de la ciudad y la crueldad de la principal figura militar de su historia. Tito Livio enumeró los méritos y los defectos de Anibal, pero el discurso romano de la época de Virgilio se centraba en los segundos:

Las virtudes tan pronunciadas de este hombre se contrapesaban con defectos muy graves: una crueldad inhumana, una perfidia peor que púnica, una falta absoluta de franqueza y de honestidad, ningún temor a los dioses, ningún respeto por lo jurado, ningún escrúpulo religioso.¹³

El odio a los romanos planteado en términos poéticos en el poema de Virgilio no solo había tenido una encarnación en Amilcar Barca y en su hijo Anibal, sino que se había generado en el momento histórico específico posterior a la Primera Guerra Púnica. Dicho conflicto (264-241 a.C.), con sus enormes costos tanto par romanos como para cartagineses,¹⁴ terminó en una grave derrota para estos últimos, quienes debieron abandonar toda pretensión de dominio en Sicilia,. El alcance de esta situación se percibe al tener en cuenta la enorme significación que esta isla había tenido en la historia y desarrollo de la ciudad púnica desde hacia varios siglos.¹⁵ A lo anterior cabe agregar la obligación de pagar un tributo a Roma y otras medidas de castigo. Hasta aquí, y por más impactantes que puedan a aparecer las cifras involucradas y las condiciones establecidas, no se encuentra alguna especificación u obligación radicalmente distinta a las que podían ser las condiciones habituales impuestas a los vencidos en muchas guerras.

¹¹ *De Officiis* I,7 y I, 38. *De Amicitia* 28.

¹² *Ira* II.5.4. Otro rasgo que destaca Séneca en la *Carta* 51, 5 y en la 51, 7 fue que Anibal se dejó vencer por las comodidades de la Campania y se distrajo de su objetivo en el momento en que la concentración le resultaba muy necesaria e importante.

¹³ Tito Livio XXI.4, 9.

¹⁴ Cary, M. y Scullard, H.H. *Storia di Roma*, 3. vol., Il Mulino, Firenze, 1981 (ed. inglesa, 1973). En p. 279, del vol. 1, señalan que sólo los romanos perdieron algo más de 600 naves y que sus pérdidas humanas superaron a las de los cartagineses,.

¹⁵ *Ibid*, p. 278 "...y se acordó un pago de reparaciones considerable (3200 talentos de plata euboica, equivalentes a más de 800 quintales de plata". Lancel, S. *Cartago*, Crítica, Barcelona, 1994 (1992) señala en p. 337, "...lo que si está claro en todo caso es que estaba lejos del coste real que esta guerra había supuesto para los romanos.". Interesantes referencias a este punto se encuentran en Moscati, S. *Cartagineses*, Ediciones Encuentro, Madrid, 1983. Para una descripción general y clara al respecto, véase con provecho Gómez, J. (coord.) *Historia Antigua (Grecia y Roma)*, Ariel Historia, Barcelona, 2003, pp. 353-390.

Los sucesos más graves para Cartago se iniciaron en la inmediata posguerra, tanto en el frente interno como en el externo. Entre los años 241 y 238 los púnicos debieron enfrentar una lucha interna contra los soldados mercenarios que habían compuesto de manera significativa su ejército, quienes solicitaban el cumplimiento de aquellos ofrecimientos económicos que se les habían prometido durante las campañas de Sicilia.¹⁶ Esta lucha mantuvo a la ciudad en una situación muy compleja entre los años 241 al 237 a.C., y sólo pudieron superarla recurriendo a medidas de extrema represión y violencia bajo la conducción de Amílcar Barca, el padre de Anibal, quien ya se había encargado de las operaciones cartaginesas en Sicilia a partir del año 247 a.C. Fue en este escenario que Roma terminó de sacar provecho de la debilidad progresiva de su enemigo, estableciendo su dominio directo sobre Cerdeña a partir del año 238.¹⁷ Para Amílcar, así como para los otros integrantes del gobierno de Cartago, Roma había intentado la destrucción de la ciudad mediante el apoyo a los sublevados y había aprovechado las difíciles condiciones para aumentar su control sobre el Mediterráneo occidental.

El odio de Amílcar a los romanos, transmitido a su hijo a través de la ceremonia del juramento, parece haberse concretado y convertido en “el” objetivo de su vida en este momento, independiente de que su origen se encuentre ya en la última fase de las luchas en Sicilia.¹⁸ La política romana contra Cartago llamó la atención de un historiador filoromano como Polibio:

Pero al no ceder los romanos, los cartagineses, cediendo a las circunstancias, y apesadumbrados, nada pudieron hacer: evacuaron Cerdeña y convinieron en deber añadir otros mil doscientos talentos a los tributos ya impuestos. Lo hicieron para no verse constreñidos a una guerra en aquellas circunstancias. Debe establecerse ésta como la segunda causa, aún más grave de la guerra que estalló después.¹⁹

Tito Livio agrega a este respecto:

La pérdida de Sicilia y Cerdeña traía a mal traer a aquel hombre de gran espíritu [Amílcar], pues en su opinión se había entregado Sicilia al dar por perdida la situación de forma demasiado precipitada, y en cuanto a Cerdeña, los romanos se habían apoderado de ella a traición durante la rebelión de África, imponiéndole encima un nuevo tributo.²⁰

Si bien los cartagineses tenían motivos suficientes para criticar a Roma por las condiciones que le había impuesto, el tema específico del “odio a los romanos” aparece presentado en las fuentes como un asunto personal de Amílcar y su hijo. Fue el primero de ellos quien le pidió al segundo que nunca fuera “amigo de los romanos” y que se convirtiera en su enemigo “tan pronto como pudiera”. Ninguna de las fuentes registra que este juramente le fuese solicitado de manera explícita a los otros comandantes, ni mecho menos a los soldados que se disponían a marchar hacia Hispania.

¹⁶ Ridley, R.T. *A History of Rome*, L'Erma di Bretschneider, Roma, 1987.. En p. 151, menciona la cifra de 20.000 mercenarios que volvieron a Cartago.

¹⁷ Idem, p. 149 destaca el sentido estratégico que tuvo para Roma en cuanto le permitía el dominio del Mediterráneo Occidental. G. Clemente, art. Cit., p. 79, insiste en el interés romano por establecer el control marítimo entre Sicilia y Cerdeña.

¹⁸ Respecto de este punto, he consultado a Grimal, P. *El Helenismo y el Auge de Roma*, Siglo Veintiuno Editores, Madrid, 1972 (1965), p. 289; Cary, M. y Scullard H.H., op. Cit. pp. 275-281; Ridley, R.T. op. cit, pp. 144-152; Clemente, G., art. Cit. (1990), p. 79; Curchin, L.A. *La España Romana*, Editorial Gredos, Madrid, 1996 (1991), p. 39; Lancel, S. op. cit, y, *Anibal*, Crítica, Barcelona, 1997 (1995), pp. 336 y ss., y pp. 11-37, respectivamente; Richardson, J. *Hispania y los Romanos*, Crítica, Barcelona, 1998, (1996), pp. 22 y ss.

¹⁹ Polibio III. 10, 3-4.

²⁰ Tito Livio XXI. 1, 5.

Los escritos que han sido señalados hasta aquí destacan el carácter privado de este rencor. Virgilio ya había resaltado la misma característica en el caso de la reina Dido en el libro IV. Cabe señalar que en esa ocasión, Ana, la hermana de la reina de Cartago, le había advertido en varias ocasiones la conveniencia de mantener sus relaciones con Eneas en un plano político. Sin desconocer el amor de la reina, los troyanos, según ella, representaban la oportunidad de establecer una alianza que fortalecería a la ciudad, amenazada desde fuera por el fenicio Pigmalión, y desde dentro por los reyes vecinos deseosos de apoderarse de una Cartago que empezaba a mostrarse poderosa y rica. Dido, superada y extraviada por sus pasiones, siempre según el relato virgiliano, no mantuvo los límites y esto implicó su destrucción y una enorme fragilidad para su ciudad. *Mutatis mutandis*, el sentimiento personal excesivo de Anibal expondrá a Cartago a lo que sería el principio de su ruina.

Podemos resumir este primer punto señalando que la versión de Virgilio sobre el rencor antiguo de los cartagineses a Roma resultó aceptable para los romanos en cuanto constituía la traducción poética de un motivo históricamente conocido y debidamente identificado Servia, además, para insistir en que las guerras púnicas, especialmente la segunda de ellas, había sido motivada por los cartagineses.²¹

*

Hacia el final del poema, y a propósito de la guerra que Eneas y los troyanos sostenían contra los pueblos de Italia, será cuando se establezca una nueva correspondencia entre el tema del odio y las Guerras Púnicas. El registro, en este caso, será el de los dioses.

En este ámbito también hay una diosa que odia. Se trata de Juno, la esposa y hermana de Júpiter, quien mantiene vivo su rencor contra los troyanos. Los detesta desde antiguo por que Paris no la escogió como la más poderosa entre las celestes, motivo por el cual ella participó activamente en el estallido de la guerra de Troya. A este motivo antiguo, mítico, se ha agregado uno nuevo, histórico, basado en su conocimiento de que los descendientes de los troyanos, esto es, los romanos, algún día destruirán la ciudad de Cartago, lugar en el que se le rinde un culto preferente. Juno es la diosa protectora de la ciudad y alguna vez lo fue de Dido, aunque esto haya terminado por jugar en contra de la reina.

En el canto X del poema, Júpiter convoca a los dioses a un concejo. Su intención es que Venus y Juno alcancen un acuerdo que ponga fin a la guerra que se está librando en el suelo de Italia. El padre de los dioses argumenta que este no es el tiempo de las luchas y que éstas no están establecidas por el destino y que tampoco él las ha promovido.

A continuación, y dando un salto inesperado hacia el futuro, señala:

El tiempo ha de venir de las batallas
(mas no queráis anticiparlo, oh dioses),
cuando, abriendo los Alpes con sus huestes,
la belicosa y áspera Cartago
llegue a los muros de la excelsa Roma
y la amenace con gigante ruina;
podréis entonces desatar el odio
y la lucha empezar con el saqueo;
pero entre tanto reprimid la saña
Y vivid en alianza venturosa.²²

²¹ El tema del odio a los romanos encuentra todavía un espacio en una parte de la historiografía y los estudios literarios actuales. Lo consigna Guido Clemente en su citado capítulo dentro de la *Storia di Roma* y también Nicholas Horsfall. No lo registra John Briscoe en la segunda edición del volumen VIII de la *Cambridge Ancient History*. Una referencia reciente se encuentra en Lane Fox, R. *El Mundo Clásico. La Epopeya de Grecia y Roma*, Crítica, Barcelona, 2007 (2005), pág. 382.

²² *Eneida*, X, 11-15

Estos avances en el tiempo se pueden dar sin problemas en el mundo de los dioses, y en el escenario que plantea Júpiter la guerra de Italia resultará ser un espejo de aquellas que tendrán lugar muchos siglos después. La relación entre unas y otras la tiene clara el padre de los dioses, aunque no parezca tan claro en el caso de Juno. Por de pronto, ella, en su extenso discurso ante el Concejo, no recoge la relación establecida por el padre de los dioses, simplemente ignora el punto y, más aún, insiste en que la guerra debe continuar, no obstante ya tenga claridad de que el resultado será contrario a sus intereses. Júpiter debe rendirse ante la evidencias y permitir que el conflicto siga delante.

Toda la escena contiene una cierta ambigüedad, recurso que Virgilio utiliza de manera frecuente en el poema, y que mantendrá hasta el final cuando se trate de la diosa Juno. En primer lugar, resulta extraño que Júpiter señale en el Concejo que este no debe ser el tiempo de la guerra, cuando a lo largo del poema tomamos conocimiento de que Eneas, pisando el suelo de Italia, debería enfrentar una particularmente feroz y cruel, tal como por lo demás se lo había indicado el propio Júpiter a Venus en el inicio del poema.²³ Por otra parte, esta noticia formaba parte de la leyenda de Eneas mucho antes de que Virgilio escribiera el poema.

Tampoco la diosa hace referencia alguna, de manera indirecta o indirecta, a dos elementos nuevos que han empezado a aparecer en la *Eneida*. El primero de ellos consiste en que Eneas, siguiendo los consejos de Heleno (libro III) y del dios Tiberino (VII), ha comenzado a rendir culto a la diosa, y con esto a garantizarle un espacio dentro de la piedad de los troyanos y, más adelante, en la de los romanos.²⁴ Si bien no hay ninguna pista que permita cuantificar el impacto de estos actos de devoción, es bien sabido que las divinidades antiguas eran muy receptivas al culto que se les rendía. Otra novedad, y muy importante, consiste en que Juno ha empezado a caer en la cuenta de que no podría borrar a los troyanos de la faz de la tierra, como era su intención declarada en el inicio del poema. El espacio de movimiento que le queda, una vez que Eneas y los suyos desembarcan en Italia, se limita a retardar el desenlace aprovechando para derramar el máximo de sangre, pero en ningún caso para modificarlo.

Lo dicho hasta aquí, y siempre en el plano de la ya mencionada ambigüedad virgiliana, tendrá una ulterior concreción en el último canto del poema.²⁵ Las luchas entre troyanos y latinos se han modificado entre los libros X y XII. Si en el primero de estos todavía se podía abrigar alguna esperanza de que Turno venciera, esta expectativa no tenía ya cabida alguna en el último canto. La ciudad de Laurento –la que ha terminado por simbolizar el rechazo a Eneas– se encontraba completamente debilitada y a punto de caer en las manos troyanas; Turno– el antagonista del príncipe troyano– se sabe derrotado y ha aceptado enfrentar a Eneas en un combate personal en el que se define la suerte de la lucha, abrigando en su alma la sensación de que será derrotado en esa ocasión. Los humanos, el rey Latino y Eneas en este caso, han establecido unos pactos tendientes a garantizar una forma de convivencia pacífica posterior a la guerra. Sólo falta que los celestes ratifiquen el acuerdo de los hombres, y que la diosa Juno se allane a que todo eso suceda, aunque no sepamos bien si esto signifique deponer su rencor o dejarlo en un estado latente para que aflore en una ocasión más propicia.

Júpiter le habla sobre estos puntos en la última conversación que ambos sostienen en el poema: argumenta que ella sabe del inminente triunfo de Eneas, y que poco y nada es lo que queda por hacer ante la situación:

²³ *Eneida*, I, 263-264 y VI, 83 y ss.

²⁴ Véase a este respecto Della Corte, F. “Giunone come personaggio e come Dea in Virgilio”, en *Atene e Roma*, N. Serie, XXVIII, Fasc. 1-2, 1983, pp. 21-30.

²⁵ La ambigüedad de las palabras de Júpiter alcanzan su mayor nivel cuando se atiende a la descripción de lo que será la segunda Guerra Púnica, tal como se puede advertir en los versos que se comentan en el texto. Allí el padre de los dioses nada, absolutamente nada, dice sobre los resultados del conflicto, suspendiendo su discurso en el momento en que los cartagineses llegan a las cercanías de Roma. Se ha prestado escasa atención a este aspecto de las palabras de Júpiter.

Cesa en tu encono, dóblate a mis ruegos;
 No te consuman taciturnas penas
 No me rehúsen tus hermosos labios
 El confiar a Jove tus dolores.
 Llegó el supremo instante: tu has podido
 Perseguir a los míseros troyanos
 A través de las tierras y de las olas,
 Promover contra ellos cruda guerra,
 Sembrar estragos en la real morada
 Y con sangre manchar regio connubio:
 Todo hacerlo has podido, pero ahora
 Te vedo ya seguir en tus intentos.²⁶

La diosa cede luego de asegurar una serie de garantías que beneficiarán a los derrotados latinos, las que coinciden con lo que estaba establecido en el destino y con aquellos acuerdos que los humanos proclamaban cuando pensaban en un futuro de paz y consenso entre vencedores y vencidos. En principio se podría pensar que ella ha terminado por acomodarse a lo que los hados habían fiado desde el principio de los tiempos, y en este sentido se han dado varias interpretaciones. Pero cabe preguntarse, ¿en qué ha cedido Juno específicamente? Parece necesario volver aquí a la diferenciación entre los motivos míticos del antiguo odio y los históricos del nuevo. Todas las peticiones que hace Juno a Júpiter se refieren en forma específica a los troyanos y no hace referencia alguna a Cartago y las guerras futuras²⁷, de lo cual se puede deducir que ella transa y cede a la voluntad de Júpiter en los contenidos del odio antiguo generado en el ámbito de la guerra de Troya, pero que nada dice, y por ende a nada se compromete, respecto de la cuestión de Cartago²⁸, manteniendo vigentes aquellos referidos a los romanos, tal como lo establecía la tradición contenida en los *Anales* de Ennio que destacaba el apoyo de Juno a los cartagineses en las Guerras Púnicas y la instalación del culto a esta diosa por parte de los romanos en el ámbito de la segunda de las Guerras Púnicas.²⁹

La invocación al odio proferido por la reina Dido en el libro IV y la actitud de la diosa Juno en la parte final del poema vuelven a relacionarse puesto que ambos se mantendrán vigentes hasta que, avanzada la guerra, tanto el odio de la primera quede insatisfecho para siempre, como el de la segunda se rinda ante los actos de piedad de los romanos y encuentre un espacio de culto privilegiado entre los romanos y en carias de las ciudades sometidas a su dominio.

Virgilio reunió, en el argumento del odio a los romanos, tiempos muy variados de la historia. Lo hizo en una narración poética consistente, que fue aceptada y hecha propia por los lectores de su tiempo. En ella incorporó varias tradiciones así como los resultados del conocimiento histórico que los romanos habían acumulado respecto de las Guerras Púnicas, pero lo hizo en una clave decididamente anacrónica que ponía en el principio de los tiempos –espacio mítico- situaciones que se habían generado en momentos históricos. Utilizó respecto de este tema un recurso que se encuentra varias veces en el poema en relación a otros tópicos, tal como lo evidencia lectura del poema. Esto responde a su visión de la historia de Roma, según la

²⁶ *Eneida*, XII, 800 y ss.

²⁷ Feeney, J.C. "The Reconciliations of Juno", en *Classical Quarterly*, NS, 34 (1984), pp. 179-194, y reproducido en Harrison, S.J. (ed.) *Oxford readings in Vergil's Aeneid*, Oxford University Press, Bristol, 1990, pp. 339-362.

²⁸ La idea de Feeney ya había sido expresada antes por Johnson, W.R. en su famoso trabajo *Darkness Visible*, Berkeley, University of California Press, 1976. Una interpretación diversa se encuentra en el comentario al libro X realizado por Harrison, S.J. *Vergil, Aeneid X*, Clarendon Press, Oxford, 1997 (1991). En página 61, señala: "...en la *Eneida*, Juno parece reconciliada con Roma y su futuro hacia fines del libro XII."

²⁹ Ennio VIII. XVI, según Servio, comentario a *Eneida* I. 281.

cual los hechos están inscritos en el tiempo desde siempre, esperando que llegue el momento que corresponde para desplegarse.